

dentora de Cristo, que culmina en la incondicional oblación de sí mismo al Padre, es el contenido del misterio de fe. Por ella los hijos de la Iglesia siguen haciendo guardia al pie de la Cruz a través de los siglos, y recibiendo el calor del aliento y de la sangre del Crucificado, que los santifica, y los ilumina, y los fortalece y los hace hijos de Dios. El misterio de fe es en realidad el misterio de Cristo presente entre los suyos, como Pontífice, como Rey, como Salvador; que les comunica la gracia, la santidad y la esperanza. Por medio de su sacrificio, constantemente renovado, la Iglesia renueva cada día su juventud y se enriquece con un tesoro celestial. Y ese sacrificio es también su sacrificio, ya que ella, a semejanza de María en el Calvario, permanece al pie de la cruz, ofreciendo la víctima sagrada. Es más: una misma sangre corre por las venas de Cristo y de la Iglesia, que por esto se convierte en un mismo sacrificio de amor con Cristo y por Cristo, y de esta manera el misterio de fe se convierte en la expresión más alta de la comunidad de vida que existe entre Cristo y las almas.

#### RE-PRESENTACIÓN.

La fe nos enseña que, una vez pronunciadas las palabras de la consagración, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, está presente en el altar. Esta doctrina se deriva con tal claridad de los textos evangélicos, que durante más de mil años a nadie se le ocurrió negarla. La negaron los protestantes en los tiempos modernos, y ya en el siglo XI se levantó contra ella el canónigo de Tours Berengario, contra el cual protestó el pueblo cristiano introduciendo en el centro de la Misa, como homenaje de desagravio, el rito de la elevación. Los católicos, lo mismo que los Apóstoles, seguimos confesando la presencia eucarística de Cristo. Pero en esta presencia debemos tener en cuenta un aspecto particular. El Concilio de Trento nos dice que en el sacrificio de la Misa está re-presentado el sacrificio de Cristo, y como el sacrificio de Cris-

to son, ante todo, su muerte y su resurrección, es obvio que en el sacrificio de la Misa tenemos en primer lugar la muerte y la resurrección de Cristo, es decir, la obra redentora del género humano. Ya hemos dicho que los detalles históricos no se reproducen; sólo se reproduce, sólo se representa la esencia. Ahora bien; la esencia es la realidad de las cosas; no lo es el pormenor, ni la circunstancia. En la Misa, por tanto, volvemos a vivir la realidad del Calvario, pero el acto histórico se convierte en un acto místico. La conmemoración, que el Señor mandó, el recuerdo de su memoria, tiene toda la fuerza de una re-presentación.

Podemos recordar la muerte y la resurrección de Nuestro Señor pensando en ellas. Leemos el Evangelio, y luego, cerrando el libro, vamos examinando y analizando los varios aspectos de aquel drama divino. Esto es recordar el hecho histórico de la pasión, una cosa ciertamente laudable, pues jamás podremos apreciar bastante las grandezas y tesoros del misterio de la cruz. No es éste, sin embargo, el modo con que recordamos o conmemoramos en la Misa. Cuando el sacerdote, al terminar las palabras de la consagración, añade: *Mysterium fidei*, quiere decirnos que el pan ya no es pan, sino la carne del Señor. Si pensamos en la muerte de Cristo, el sacrificio de Cristo está presente en nuestra mente. Ahora bien; la Misa es el sacrificio de Cristo fuera de nuestra mente, en el ara del altar. Por eso en la secreta del noveno domingo de Pentecostés pedimos la gracia de poder «acercarnos dignamente a este misterio, pues cuantas veces ofrecemos este sacrificio conmemorativo, otras tantas se vuelve a realizar la obra de nuestra redención». Se realiza en el altar, se hace presente en nuestro espíritu y renueva su virtud dentro de nosotros.

#### NUESTRO SACRIFICIO.

Otra vez recordaremos aquí la doctrina del cuerpo místico de Cristo. No podemos imaginar al Cristo glorioso separado de sus hermanos.